
De la lucha contra el tirano a la dictadura totalitaria: las revoluciones de Cuba (1959) y Nicaragua (1979)

Gilles Bataillon*

Pocas revoluciones suscitaron tanta esperanza como la cubana y la nicaragüense. La primera llega de manera oportuna después del reporte Kruschew y del control de Polonia y Hungría. Vuelve a dar todo su brillo a la idea de revolución. Derrota al régimen tiránico y corrompido de Batista. Lleva al poder a dirigentes sobre quienes la opinión pública internacional concuerda en ver modelos de probidad que encarnan una nueva idea de la revolución. La toma del poder de Castro y del movimiento del 26 de julio es percibida como la puesta en marcha de las masas del Tercer Mundo, “una revolución campesina” (Sartre) dirigida por la *intelligentsia*. El rostro de esta revolución es en primer lugar el de Castro lanzando una reforma agraria que pone fin a las injusticias sociales y replantea el país bajo la dirección de un Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), conformado por cuadros provenientes del ejército rebelde.

Veinte años después, la revolución sandinista fue recibida con el mismo fervor por la opinión pública mundial. Mientras que las esperanzas puestas en las experiencias socialistas del Sureste de Asia terminan antes de lo previsto con el descubrimiento de la dictadura totalitaria de los Jmeres Rojos y con la huída de miles de vietnamitas en canoa hacia Tailandia, la revolución del 19 de julio de 1979 ofrece el espectáculo de una revolución pluralista. Guerrilleros del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), personalidades que surgen de las filas de una burguesía opositora a Somoza desde hace mucho tiempo, lanzan un programa de reformas moderadas sin que ninguna parezca querer imponer su hegemonía. Mejor aún, la revolu-

* Traducción del francés de Roberto Rueda Monreal.

ción del 19 de julio se beneficia con la benevolencia de la Iglesia. Su jerarquía apoya la lucha armada contra Somoza, celebra un *Te Deum* para recordar la reconciliación nacional un día después de la caída del dictador y varios sacerdotes ocupan puestos en el gobierno. Desde el poder se anuncia una política de no alineación y de respeto a los derechos humanos. Estas dos revoluciones, cada una a su manera, volvieron a honrar la idea de que a la tiranía se la podía vencer por medio de la lucha armada sin que por ello se fragüe un nuevo aparato de poder burocratizado que predomine sobre la sociedad. Si bien estas dos revoluciones suscitan el entusiasmo de la izquierda progresista, ambas aparecieron al mismo tiempo como una ruptura respecto al mundo del “socialismo real”, soviético o chino. Se les atribuye, al menos en sus comienzos, la capacidad para asociar aspiraciones a la igualdad social con la preocupación por las libertades o, incluso, para la última, conjugar inspiraciones cristianas y marxistas. Aparecieron, una después de la otra, como otras tantas experiencias nuevas que auguran nuevas posibilidades de emancipación para los países del Tercer Mundo.

Sin embargo, los giros que dieron estas dos revoluciones muy pronto dieron lugar tanto a tensiones y oposiciones en su seno como a debates apasionados en el concierto de la opinión pública internacional.

Desde los primeros meses de sus victorias sobre los antiguos regímenes, las coaliciones antibatista y antisomozista se fracturan y surgen hendiduras en el seno de sus dos revoluciones. En seis meses o un año, los consensos contra los tiranos derrocados se resquebrajan por completo. Tanto en Cuba como en Nicaragua surgen poderes totalitarios que se imponen con relativa facilidad a costa de los otros componentes de la oposición, quienes al igual que ellos habían participado en los derrocamientos de regímenes tiránicos. Seis meses después de la caída de Batista, Castro impone su hegemonía y la de sus fieles en el seno del gobierno provisional. Urrutia, el presidente provisional, a cuyo nombramiento él había contribuido, es remplazado por un incondicional de Fidel Castro, al igual que los ministros preocupados en respetar equilibrios entre los diferentes poderes y los múltiples componentes de la revolución antibatista. Castro imprime, además, un estilo radicalmente nuevo al juego político cubano. Los opositores a las modalidades de la justicia revolucionaria, a la reforma agraria, lanzada en mayo de 1959, y a la reorganización de las fuerzas armadas son estigmatizados como trai-

dores que ponen en peligro la estabilidad de la nación. Y estas denuncias dan lugar a marchas de agrupaciones populares, retransmitidas por la mayor parte de las radios y las televisoras, en donde los manifestantes son llamados a aclamar las decisiones de Castro o de sus partidarios cercanos. Todas las tentativas de oponerse a sus puntos de vista son estigmatizadas como forma de complotar en contra de la revolución. Diciembre de 1959 ve el primer proceso político contra miembros del Ejército Revolucionario, que deciden renunciar a sus responsabilidades para protestar por el curso que ha tomado la revolución. Acusados de traición, son condenados a largas penas en prisión como resultado de un proceso en el que se intenta, sin éxito, hacerlos desempeñar al mismo tiempo el papel de acusados y el de procuradores contra sí mismos. En enero de 1960, la libertad de prensa y la libertad de organización sindical quedan suprimidas. Las relaciones con Estados Unidos se tensan sin cesar y en marzo de 1960, mientras el gobierno cubano rechaza los últimos ofrecimientos de cooperación estado-unidenses, Eisenhower da luz verde para que la CIA entrene a exiliados anticastristas. En mayo, los cubanos establecen relaciones diplomáticas con la URSS. En represalia, los Estados Unidos se niegan a comprar el saldo azucarero de la cuota de azúcar cubana para 1960, y la URSS responde con la compra de dicho saldo. En agosto, Estados Unidos hace que se vote en la OEA una resolución de condena a Cuba. Los cubanos nacionalizan las grandes empresas nacionales y extranjeras, en octubre. Estados Unidos decreta en ese mismo mes un embargo sobre las relaciones comerciales antes de romper sus lazos diplomáticos con este país en enero de 1961. Al mismo tiempo, los primeros grupos subversivos contrarrevolucionarios crecen en la isla: en abril, las tropas de exiliados cubanos apoyadas por Estados Unidos desembarcan en Playa Girón y son derrotadas por el ejército cubano. En diciembre, Castro declara, en ocasión de un discurso sobre la fundación de un futuro partido comunista unificado: “Soy marxista-leninista y lo seré hasta el último día de mi vida”.

Ocurren rupturas similares en Nicaragua. Desde los primeros meses de la revolución, los sandinistas comienzan a imponer su hegemonía sobre sus socios rivales. Se apoderan de las instalaciones del antiguo periódico de Somoza, que debían ser utilizadas para fundar un periódico oficial de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN), para instalar ahí el

diario del FSLN, *Barricada*. Ejercen presión sobre los sindicalistas independientes para que integren la Central Sandinista de Trabajadores (CST) y persiguen muy brutalmente a los que se niegan a unírseles, particularmente a los que se identifican con el periódico *El Pueblo*. Confían la responsabilidad del nuevo ejército a uno de los suyos y reconfiguran la composición del gabinete ministerial en su beneficio. A mediados de abril, imponen a los miembros no sandinistas de la JGRN, Violeta Chamorro y Alfonso Robledo, que el poder legislativo provisional, donde el FSLN no tenía la mayoría, integre a nuevos miembros, lo que les permite controlar a la mayoría. Las dimisiones y las protestas públicas de uno de ellos, Alfonso Robledo, implican en respuesta el establecimiento de una retórica acusatoria que equipara de ahí en adelante toda oposición a las decisiones de los sandinistas con una connivencia con el antiguo régimen somozista. El primer aniversario de la revolución y la concentración a la que dio lugar es la ocasión para que los sandinistas anuncien que las elecciones no son una prioridad para la revolución, y luego que instauren una censura a la prensa. En octubre de 1980, Jorge Salazar, el presidente del Consejo Superior de la Empresa Privada de Nicaragua (COSEP), quien intenta montar un complot junto con oficiales del nuevo ejército sandinista, es abatido por la policía. Un mes más tarde, Robledo y sus partidarios no sólo son objeto de campañas en la prensa, sino el blanco de ataques de militantes sandinistas y sus concentraciones quedan prohibidas por estar coludidos con la “amenaza extranjera”. De manera paralela, las relaciones con la Iglesia se tensan cada día un poco más. Del mismo modo, las relaciones con Estados Unidos van a degradarse lentamente. En febrero de 1981, los estadounidenses, que de hecho no habían apreciado mucho el rechazo de los nicaragüenses a condenar la invasión soviética en Afganistán (enero de 1980), protestan contra el apoyo otorgado a la ofensiva de la guerrilla en El Salvador (enero de 1981), y suspenden su ayuda económica al país. De manera paralela, desde finales de 1979, grupos de campesinos que habían apoyado al FSLN, los MILPAS, se reorganizan y se dedican a dar algunos manotazos, en 1980, para protestar contra la política agraria del gobierno. En 1981, estos primeros grupos subversivos campesinos toman importancia a la par que estallan incidentes entre los misquitos y los sandinistas y mientras, a raíz de estas refriegas, parte de los activistas misquitos se exilian y contemplan lanzarse a la acción armada. A comienzos

de 1982, los diferentes grupos armados antisandinistas, formados dentro del país, se ponen en contacto con los exiliados partidarios de Somoza, forman la *Contra* y lanzan las primeras operaciones armadas apoyadas por Estados Unidos. Después de haber desplazado violentamente a las poblaciones que vivían en la frontera con Honduras, la Junta proclama el estado de emergencia y suspende las libertades fundamentales. Entonces, el país entra en una nueva guerra civil sandinistas/*contras* (1982-1987), que experimenta un breve periodo de calma durante las elecciones de 1984, que el Frente gana.¹

¿Cómo concebir estos vaivenes que hacen su aparición desde el primer año de estas revoluciones, tanto en Cuba en 1959 como en Nicaragua en 1979-1980? ¿A través de qué medios estas dos revoluciones, que pusieron fin a innegables tiranías, instituyeron poderes nuevos de tipo totalitario? Se han propuesto tres grandes interpretaciones a estas transformaciones. La primera insiste, con razón, en el peso de la cultura política latinoamericana y en el lugar preponderante que tiene en ella el caudillismo. La capacidad de Castro de desempeñar el papel central que tuvo desde la caída de Batista y después al momento de su entrada en La Habana se explicaría por esta herencia. Como lo ha hecho notar de una manera muy sutil Hugh Thomas,² él no solamente es un “Bonaparte caribeño”, sino “una resurrección del apóstol Martí”. De hecho, Castro va a sobresalir inmediatamente de todo el proceso revolucionario y a suplantar a todos sus posibles rivales. Y todos los buenos observadores de la experiencia cubana señalan su capacidad de sacar algo tanto de este terreno como del de los populismos. Por consiguiente, la institución de un poder de tipo autoritario se inscribiría en una especie de deriva inevitable a partir de una herencia cultural latinoamericana. Castro sería una especie de Perón cubano, de Perón radicalizado. La burocracia cubana y sus sistemas de privilegios, sacados a la luz demasiado pronto por un observador tan escrupuloso como René Dumont, descansarían en

¹ La mejor historia sobre los comienzos de la revolución sandinista es la de Shirley Christian, *Nicaragua Revolution in the Family*. Nueva York: Random House, 1985.

² Hugh Thomas, *Cuba: The Pursuit of Freedom*. Nueva York: Harper and Row, 1971. Excepto por otras referencias explícitas, yo tomaré prestados todos mis datos factuales sobre el proceso revolucionario cubano de esta obra, y especialmente de las partes siguientes: el libro 9, “Victory: Lyrical Illusion”, pp.1037-1092 y el libro 11, “The Clash, 1959-1962”, pp.1193-1422.

la misma herencia del caudillismo.³ El escritor nicaragüense Sergio Ramírez y otros eminentes miembros del movimiento de los sandinistas renovadores, Sofía Montenegro o Giaconda Belli, hicieron declaraciones similares a propósito de las desviaciones burocráticas de la revolución sandinista.⁴ El caudillismo, que fue el hilo conductor de las prácticas políticas nicaragüenses de los siglos XIX al XX, dejó sentir todo su peso en la experiencia revolucionaria. Un buen número de los nueve miembros de la Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) se plegaron casi inmediatamente a este molde. De tal manera, pactaron entre ellos para dirigir la revolución excluyendo a todos los otros rivales, del mismo modo que las cabezas de los grupos conservador y liberal habían llegado a acuerdos antes que ellos y, con eso, habían reinado sobre el país.⁵ Ciertos miembros de la Dirección del Frente consideraron, además, al igual que sus predecesores conservadores y liberales, que la política debía ser una fuente de enriquecimiento personal para ellos y sus dependientes,⁶ y de ahí el fenómeno de la *piñata*.

Una segunda explicación pone en el centro de las perspectivas la importancia de las ingerencias estadounidenses. Dada la intransigencia y la ceguera de Estados Unidos ante la preocupación de Castro y de los sandinistas, que no podía ser más legítima, de reafirmar su soberanía nacional, la única solución que estos dirigentes revolucionarios podían haber encontrado era volverse hacia el bloque soviético para hacer contrapeso a las ingerencias imperialistas estadounidenses, lo que explica su inevitable alineamiento con éste.⁷ Ahí se habría dado una forma de elección racional tanto

³ *Cuba est-il socialiste ?* París: Le Seuil, 1970. También veremos su libro anterior, *Cuba, socialisme et développement*. París: Le Seuil, 1964.

⁴ Sergio Ramírez, *Adiós Muchachos, Una memoria de la revolución sandinista*. México: Aguilar, 1999 y Silvia Cherm, *Una vida por la palabra*. Entrevista con Sergio Ramírez, México, Fondo de Cultura Económica, 2004; Sofía Montenegro ¿Es revolucionario el FSLN? y “la heróica nacional”; Giaconda Belli, *El País bajo de mi piel*. Nueva York: Vintage, 2002.

⁵ Al respecto, veremos el libro de Xiomara Avendano Rojas, *Elecciones indirectas y disputa de poder en Nicaragua: el lento camino hacia la modernidad*. Managua: Grupo editorial Lea, 2007.

⁶ Vuelvo a tocar este punto en mi estudio “De Sandino aux *contras*. Formes et pratiques de la guerre au Nicaragua”, *Annales*, 60° año, n°3, mayo-junio de 2005, pp.653-688.

⁷ Esta es la tesis que predominaba en los medios progresistas europeos, en Latinoamérica o en Estados Unidos y actualmente en el movimiento altermundista. Dicha tesis retoma ciertos postulados de Trotsky sobre el cerco de la revolución y el peso de éste en su burocratización, y los traslada a las

por parte de Castro como de los sandinistas, elección de cierta manera inevitable debido al contexto internacional. Del mismo modo, siguiendo estas interpretaciones, los primeros disensos en el seno de las coaliciones antibatista o antisomozista no hubieran podido ver la luz más que gracias al juego de influencias extranjeras, en primer lugar las estadounidenses. Ese sería el caso, en Cuba, de los primeros opositores a Castro, en el seno del Ejército Rebelde (ER), o del Movimiento 26 de julio (M26/7), Urrutia –el presidente provisional impuesto por Castro– y otros políticos. Las fracturas en el seno del bloque antisomozista habrían surgido de la misma manera 20 años después en Nicaragua. Alfonso Robledo y sus partidarios, los empresarios del COSEP y la Iglesia católica habrían seguido, del mismo modo, las sugerencias extranjeras. Todos habrían actuado en contacto con grupos de presión norteamericanos, ya sea del mundo de los negocios, o del mundo político y militar, o en contacto con Costa Rica y Venezuela.

Una última forma de explicación pone el énfasis sobre la adhesión al modelo comunista que habría sido, desde el principio, tanto el de Fidel Castro como el de los dirigentes sandinistas. El primero habría tenido desde 1959 el proyecto de constituir un régimen a la soviética y los segundos un régimen a imagen y semejanza del de Cuba. De acuerdo con Tad Szulc, por mucho tiempo periodista del *New York Times*, Castro se habría aliado de manera secreta desde las primeras semanas de la revolución con los “viejos comunistas” del Partido Socialista Popular y, desde entonces, habría puesto en marcha una revolución socialista, y esto en contacto con emisarios soviéticos.⁸ En sus memorias, uno de los primeros opositores a Castro, Hubert Matos, poco más poco menos, constata lo mismo.⁹ Castro se niega de entrada a todo principio de dirección colegiada en el seno de la revolución y día a día se apoya un poco más en gente cercana a los comunistas. Y es a partir de marzo cuando las Fuerzas Armadas son infiltradas por procomunistas, la

revoluciones cubana y nicaragüense. Claude Julien y su equipo de *Le Monde diplomatique*, del que fue primer director, han sido los grandes propagadores de dicha visión, misma que numerosos medios de comunicación retoman.

⁸ *Fidel, a Critical Portrait*. Nueva York: William Morrow and Company, 1986. Traducción al francés: *Castro trente ans de pouvoir absolu*. París: Payot, 1987, pp.401-533.

⁹ *Cómo llegó la Noche*. Barcelona: Tusquets, 2002. Ver especialmente los capítulos 29 y 30.

mayoría de las veces seleccionados por Guevara y Raúl Castro o sus fieles. En el caso nicaraguense, sin describir la manera en que los sandinistas hicieron prevalecer sus puntos de vista sobre los de sus asociados rivales en la lucha contra Somoza, Jorge Alaniz Pinell,¹⁰ un antiguo aliado de los sandinistas, que fue el primero en publicar un testimonio crítico muy notable sobre la revolución, demostró cómo el FSLN nunca había roto con su proyecto de construir una sociedad socialista. Analizando meticulosamente tanto los diferentes textos que emitió el Frente como las acciones de sus dirigentes, demuestra cómo la renovación llevada a cabo por el FSLN en 1978-1979 fue pura fachada. Como apoyo a su tesis, muy sólidamente fundamentada, hay un documento capital distribuido entre los cuadros del FSLN días después de la victoria sobre Somoza –“Análisis de la coyuntura y de las tareas de la revolución sandinista”– donde la Dirección Nacional (DN) recuerda que los objetivos políticos del Frente son instituir su hegemonía política y avanzar hacia una “liberación definitiva”–. Y los autores de este documento trazan un programa de acción con vistas a subordinar al FSLN a todos sus rivales políticos, o a eliminarlos, y a hacer del sector económico nacionalizado, a la cabeza del cual deben ser colocados los cuadros sandinistas, la espina dorsal del nuevo país.¹¹ Esta última interpretación la complementa a menudo otra que ve en el entusiasmo del que habría sido objeto tanto la radicalización llevada a cabo por Castro como el proceso de “hegemonización” por parte de los sandinistas, el signo de una adhesión al modelo igualitario de una sociedad sin clases.

No hay duda de que de estas diferentes interpretaciones sacan a la luz elementos factuales decisivos para la inteligencia de estos procesos revolucionarios y ofrecen otras tantas maneras de entender los grandes cambios que se llevan a cabo en algunos meses en el seno de estas dos revoluciones. Partiendo de estas interpretaciones me gustaría esbozar un análisis de estas transformaciones que constituyen la emergencia de formas de poder totalitario, tanto en Cuba como en Nicaragua. Es importante, en

¹⁰ *Nicaragua, una revolución reaccionaria*. Panamá: Kosmos-Editorial S.A., 1985.

¹¹ Conocido con el nombre de “documento de las 72 horas”, este texto fue publicado en el anexo del libro de Octavio y Elvira Sanabria, *Nicaragua: Diagnóstico de una traición. El Frente Sandinista de Liberación Nacional en el poder*. Barcelona: Plaza & Janes Editores, 1986.

efecto, sentar, incluso someramente, las bases de un razonamiento propio para guiar una investigación más sistemática sobre la puesta en marcha de formas totalitarias, tanto en Cuba como en Nicaragua. Más que oponer estas diferentes interpretaciones entre sí, quisiera ligarlas con el fin de advertir cómo las formas del poder que se instituyen en Cuba y posteriormente en Nicaragua son, para retomar las palabras de Claude Lefort, “el producto de una extraordinaria condensación de procesos heterogéneos que coexistían en el mismo espacio y en el mismo tiempo”.¹² En efecto, toda la cuestión es entender cómo el resurgimiento de referencias y de prácticas nuevas se alimenta en un manto de formas antiguas que van a ser ampliamente readaptadas. Este anclaje en las costumbres del pasado es lo que va a dotar de toda su fuerza a estas nuevas modalidades de organización social. En primer lugar, es conveniente retomar la cuestión de los contextos sociopolíticos en los que surgen estas revoluciones. ¿Qué significan los derrocamientos de Bastista y de Somoza, se trata de la evicción de tiranos impopulares y de un reajuste del juego político hasta entonces en uso o, al contrario, dichos derrocamientos se combinan con una sed de invención de un nuevo modelo político y de un cuestionamiento radical al orden social? ¿Y qué decir después de la respuesta que encontraron Castro y sus seguidores, así como de la de los sandinistas? ¿En qué y cómo difieren e innovan en sus programas y en sus formas de relacionarse con las masas populares y sus aliados rivales en la lucha contra Batista o Somoza? ¿Cuándo y cómo dicha especificidad se impondrá y por qué sus rivales serán excluidos?

EL ORDEN Y LA VIOLENCIA

Como en otros países de América Latina, Cuba y Nicaragua, desde de su independencia, han estado en búsqueda de un orden político estable, y esto en contextos marcados por profundas incertidumbres. Tal como lo ha hecho notar con precisión Daniel Pécaut, “la incertidumbre [...] afecta la identidad de los pueblos y la formación del Estado-nación, como si una y

¹² *La complication*. París: Fayard, 1999.

otra permanecieran en suspenso”.¹³ Y es que los cubanos y nicaragüenses alimentan dudas recurrentes sobre la unidad de lo social. Así, ni la creencia en los mecanismos autorreguladores del mercado, ni la teoría de la soberanía general son suficientes para colocar los cimientos propios de lo social. Todo lo contrario, reina la idea de que lo social librado a sí mismo está destinado a lo inacabado y a la barbarie. Quizá las formas de este cuestionamiento varían de Cuba a Nicaragua, pero la creencia de que lo social no controlado “desde arriba” está destinado al caos, permanece. La contraparte de esta duda se lee con mayor claridad en el papel que por derecho le corresponde al Estado, que es percibido como el instrumento por excelencia de la reglamentación de lo social.

Estas representaciones se articulan con una concepción de lo político en la que el orden y la violencia ocupan lugares centrales y complementarios. La acción del Estado y de los actores sociopolíticos se inscribe en un mundo, en muchos aspectos, no democrático. Quizá la legitimidad democrático-liberal constituye un horizonte del que nadie sueña con liberarse,¹⁴ pero esta referencia va a la par de las prácticas y de las representaciones que son otras tantas rupturas con ciertos momentos cruciales de la experiencia democrática. Así, el conflicto no es reconocido en absoluto como legítimo y la división social se percibe como insalvable. Muy por el contrario, el Estado, tanto como los actores socio-políticos, pretende intervenir para poner fin a la desorganización de lo social y contener la amenaza que ésta supone. La violencia tiene que ver con las modalidades de acción del conjunto de los protagonistas. Remite también a aquello que constituye un “afuera” de la civilización, clases populares urbanas o rurales, negros e indios. Y es que no constituye un envés funcional del orden sino que ambas categorías encuentran su fundamento en una misma visión de lo social como esencialmente inacabado y, por este hecho, condenado a la barbarie si no se pone en orden “desde arriba”.

Este sentimiento de lo social inacabado parece particularmente imponente en Cuba. Piénsese en las condiciones de la independencia, en el pa-

¹³ *Orden y Violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá: Norma, 2001.

¹⁴ Ver al respecto, las reflexiones de Octavio Paz en “América latina y la democracia”, *Tiempo nuevo*. Barcelona: Seix Barral, 1983.

pel desempeñado por Estados Unidos y en la enmienda Platt, que limita la soberanía de la nación emergente. La consistencia de la nación se antoja por lo menos problemática. El peso de la monocultura azucarera en la economía de la isla no da la batalla a favor de una regulación de lo social por las leyes del mercado. En efecto, su desarrollo se tradujo por supuesto en un boom en los años 1920 –“la danza de los millones”– pero a este le siguió un desmoronamiento de los precios posterior a 1929, que implicó la ruina de muy numerosos productores. De ahí el nacimiento de una doble temática que tendrá éxito en la retórica política cubana, la de la decadencia y la de un necesario despertar en busca de nuevas elites. Este sentimiento de lo inacabado también está presente en Nicaragua a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX. Los nicaragüenses no tienen la impresión en lo absoluto de formar parte de una nación. Por el contrario, se benefician de redes incluidas en subculturas –liberales de León y conservadores de Granada– no solamente rivales, sino a menudo en guerra abierta una contra la otra. Además, la soberanía del país ha sido ampliamente sacudida, de manera sistemática, por las intervenciones de Estados Unidos a comienzos del siglo pasado (1912-1925, 1926-1933). Estas dudas sobre la consistencia de la nación alimentan también en este caso deseos de una regeneración de la sociedad llenos de imágenes neotomistas.¹⁵ En vista de estas situaciones, las similitudes entre Fulgencio Batista y Anastasio Somoza García no faltan. Los éxitos tanto de uno como del otro residen en su capacidad de aparecer un tiempo determinado como los artesanos de un ordenamiento de lo social. La implementación de una legislación social va a permitir, tanto al primero como al segundo, integrar a las clases subalternas, haciéndolos aparecer como los civilizadores de sectores sociales arrojados, hasta ese momento, a la barbarie. Estas mismas leyes esbozan el principio de una necesaria complementariedad entre el capital y el trabajo en la medida en que moderan los apetitos de los oligarcas. Ellos son también los que ponen fin a los enfrentamientos armados entre entidades rivales y las obligan a pactar. Existe otra metáfora común en los imaginarios políticos cubano y nicaragüense, la de la corrupción de lo social y de su necesaria regeneración, metáfora que ad-

¹⁵ La obra tanto de José Coronel Urtecho, como la de Pablo Antonio Cuadra brindan el mejor testimonio de este proyecto.

quiere toda su amplitud a finales del régimen de Batista y durante el último de los Somoza. Al respecto, convendría comparar sistemáticamente los discursos y las figuras retóricas de Eduardo Chibás, en Cuba, y los de Pedro Joaquín Chamorro, en Nicaragua. En efecto, lo importante es captar cómo ambos reutilizan esquemas cristianos para llamar a la refundación de una sociedad liberada de la corrupción y cómo estos esquemas son reutilizados a su vez por Castro y los sandinistas para legitimar sus respectivas empresas.¹⁶

EL JUEGO DE LOS QUE COMPITEN POR EL PODER

Las llegadas de Castro y de los sandinistas al poder no solamente tuvieron lugar en contextos donde los esquemas democráticos estaban ampliamente ausentes, también se llevaron a cabo en continuidad directa con las prácticas políticas en las antípodas del sistema democrático. Tal como lo demostró Charles W. Anderson,¹⁷ tanto los cubanos como los nicaragüenses perciben lo político como un proceso de manipulación y de negociación entre competidores por el poder; sus recursos son objeto de estimaciones recíprocas con la finalidad de llegar a un acuerdo negociado en las altas esferas. Este proceso de evaluación de los recursos de los diferentes protagonistas pasa por demostraciones de fuerza, en las que la violencia puede desempeñar un papel central. De esta manera, tanto la política cubana como la nicaragüense han tenido como telón de fondo enfrentamientos armados seguidos de acuerdos en las altas esferas entre los líderes de entidades rivales. Estas prácticas se hacen acompañar de un acuerdo implícito sobre el hecho de que este “sistema de competidores por el poder” puede acoger a nuevos protagonistas, por poco que demuestren su capacidad de poder. Así, los recién llegados deben demostrar con actos que tienen tal poder de molestia,

¹⁶ Estudié el proceso en el marco nicaragüense, *Génesis de las guerras intestinas en América Central (1960-1983)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2008.

¹⁷ Ver: *Political and Economical Change in Latin America*, Princeton, D.Van Nostrand Company Inc 1967. Traducción: *Cambio Político y Económico en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, y la presentación de los puntos de vista de este autor por parte de François Bourricaud, “Dictadura, dictablanda et la question de l’hégémonie en Amérique du sud” en Léo Hamon, *La fin des dictatures*, París, Económica, 1983.

que es mejor tomar en consideración algunas de sus reivindicaciones. Eso explica los frecuentes recursos a la violencia, que van de la manifestación a los enfrentamientos, a los atentados contra los bienes –menos frecuentemente contra las personas y jamás contra figuras de primer orden– y a los pronunciamientos militares. Del mismo modo, el llamado a apoyos extranjeros, ya sea que se trate de apoyos diplomáticos, de recursos materiales y, por qué no, de hombres armados, nunca es considerado como ilegítimo, más bien todo lo contrario. Las reglas del juego, en cambio, exigen que ninguno de los asociados rivales sea eliminado del círculo de competidores por el poder, aún cuando muchos de sus recursos se encontraran disminuidos, incluso de manera drástica. Sólo hay un caso en el que esta regla implícita sufre una trasgresión, cuando uno de los competidores pretende prohibir de manera duradera que entren a la competencia los recién llegados, o quiere monopolizar el poder para su único beneficio. Existe un último fenómeno, que es conveniente señalar, que da en cierto modo *a contrario* su base al sistema de los competidores por el poder. Y es que lo religioso y la política no están separados, sino entrelazados, y la omnipresencia de lo que Claude Lefort llama lo “teológico-político”,¹⁸ no podría analizarse como el simple signo de una función política de lo religioso.

A este respecto, las modalidades de acceso al poder de Castro y los sandinistas toman prestado de la gramática del juego de los competidores por el poder. El primero pasa por un recién llegado a la escena de los competidores por el poder y multiplica las demostraciones de fuerza para ser reconocido y admitido en tal círculo. El ataque al cuartel Moncada (1953) es, ciertamente, un gesto inaugural en el que Castro va a aspirar a la reencarnación de Martí; pero también es una demostración de fuerza que se coloca en medio de una multitud de otras demostraciones de fuerza llevadas a cabo por los miembros de diferentes pequeños grupos revolucionarios que cuestionan el golpe de Estado de 1952, que llevó a Batista al poder por segunda vez.¹⁹ En consecuencia, Castro y sus compañeros, que desembarcaron con las dificultades

¹⁸ Ver: “¿Permanencia de lo teológico-político?” en *Essais sur le politique XIX^e-XX^e siècles*. París: Seuil, 1986.

¹⁹ Al respecto, veremos el artículo de Theodore Draper, “Castrismo”, en *Marxism in the Modern World*, Stanford University Press, 1965.

ya sabidas del *Granma* (diciembre de 1956), compiten con varios movimientos urbanos –Federación de Estudiantes Revolucionarios, Directorio Revolucionario–, quienes por su parte multiplican también los manotazos contra el gobierno. El primer *Manifiesto de la Sierra Maestra* se inscribe plenamente en esta lógica del sistema de competidores por el poder, pues llama a la implementación de un gobierno que reagrupe a todas las fuerzas de oposición. La petición de destitución de Batista y el rechazo a pactar con él, se debe al hecho de que aparece como quien simboliza una corrupción considerada desde entonces intolerable por parte de un gran número de cubanos. La trayectoria de los sandinistas es en muchos aspectos paralela a la de Fidel Castro, a excepción de que este último habla enseguida el lenguaje de los competidores por el poder, y de que los sandinistas lo rechazarán durante todos los años 1960 y durante buena parte de los años 1970, para sumarse a él sólo en 1978. Pero a partir de entonces y hasta comienzos de 1980, no emplearán más que este lenguaje. En efecto, al día siguiente del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro en enero de 1978, la oposición surgida de las filas de los clanes conservadores contra el último de los Somoza multiplica las manifestaciones y las huelgas en su contra, y lo acusa de haber ordenado el crimen. Y es en este contexto de rivalidad en las demostraciones de fuerza en el que va a bosquejarse el acuerdo entre los sandinistas, la Iglesia y la oposición “burguesa”, que se traducirá en la instalación de una Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN), dando cabida al conjunto de los que compiten por el poder, a excepción de Somoza y de sus partidarios.

Una vez instalados en un buen lugar dentro de los nuevos círculos de los competidores por el poder, Castro y los sandinistas van a hablar un lenguaje que desconocen los cubanos y los nicaragüenses, el del conflicto entre un pueblo-Uno y los enemigos del Pueblo, el de la formación del hombre nuevo, o incluso el de la abolición de toda diferencia entre Poder, Derecho y Estado. Pero de nuevo en este caso, es conveniente señalar que tanto el líder cubano como sus homólogos nicaragüenses están forjando cosas nuevas con base en la transformación de elementos antiguos. El discurso sobre la refundación del mundo y la necesidad de una regeneración de la sociedad toma cada vez un buen número de sus elementos de la simbología cristiana. Los guerrilleros que bajan de la Sierra Maestra y marchan triunfalmente hacia La Habana se exhiben como católicos. De hecho, la Iglesia festeja la

caída de Batista. En cuanto a Nicaragua, la revolución se afirma de entrada como cristiana. Luego del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro en enero de 1978, el arzobispo de Managua –Monseñor Obando– justificó, por medio de múltiples parábolas bíblicas, el recurso a la lucha armada contra Somoza. La victoria de la oposición se celebra como una resurrección. El arzobispo y el conjunto de prelados recibirán el juramento de los miembros de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN) antes de darles su bendición y de celebrar un *Te Deum*.

DEL POPULISMO AL PODER DEL EGÓCRATA ²⁰

Si bien el castrismo y el sandinismo se instituyen como formas totalitarias sumergiéndose ambos en el molde del llamado a la resurrección y plegándose a la sintaxis del lenguaje del sistema de los competidores por el poder, el primero también toma elementos, por una parte, del repertorio del populismo, mientras que el segundo solamente usa recursos propios de los sistemas de los competidores por el poder.

En el transcurso de 1959, toda una serie de gestos de Fidel Castro y de sus colaboradores, como la creación de los tribunales de excepción contra los “criminales de guerra”, la intervención personal de Castro en el caso del juicio de los aviadores para lograr su condena a muerte, la lucha contra la autonomía de las universidades y la independencia de las organizaciones estudiantiles, la instauración del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) y la medida en cintura de los sindicatos y la prensa, ponen en evidencia la instalación de un orden totalitario. Con estos hechos se afirma la idea de un poder omnisciente que encarna lo social liberado de toda contradicción y por el cual toda forma de alteridad se piensa en términos de antagonismo pueblo-Uno/enemigo del pueblo. También se afirma la idea de un Poder encarnado por un Comandante en Jefe cuya autoridad cuya autoridad vuelve caducas todas las diferencias entre el Derecho y el Poder, el Saber y el Poder, el Capital y el Trabajo. Casi ningún actor está en condi-

²⁰ El término “egócrata” proviene de Soljenitsyne, quien se refiere a Stalin y al culto hacia su persona en *El archipiélago del gulag*. El término y el uso que se le da a Soljenitsyne ha sido ampliamente analizado por Claude Lefort en *Un homme en trop* (París: le Seuil, 1976).

ciones de señalar esta transformación simbólica, que se articula en la transferencia de poder a una forma nueva de dominación. De esta manera, antes de mayo de 1960, la Iglesia no pronunció palabra alguna en público para condenar ciertas acciones del nuevo gobierno. Cuando mucho, solicitó el perdón para algunos condenados a muerte, de manera muy discreta, y de cualquier forma sin jamás cuestionar en el fondo el restablecimiento de la pena de muerte al que procedió el nuevo gobierno, o la instauración de los tribunales de excepción. Esta dificultad de los cubanos para comprender las particularidades del poder instituido por Castro también se debe al hecho de que sus gestos se inscriben en lo que Daniel Pécaut llamó la “configuración populista”,²¹ incluso si es para emanciparse de ella. En efecto, la política de reforma agraria anunciada desde los primeros días de enero de 1959 y echada a andar algunos meses después, así como la voluntad de controlar a los sindicatos, son típicas experiencias populistas. Se pretende poner fin al conflicto social que remite a un posible resurgimiento de la barbarie que tiene un triple rostro: el del conflicto en sí mismo, el de los apetitos indecentes de la oligarquía y, finalmente, el de la inmadurez de las capas subalternas –obreros o campesinos sin tierra–. El establecimiento del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), así como la subordinación de los sindicatos frente al Estado, son otras tantas maneras de poner fin a los antagonismos, de crear un vínculo cuyo dueño es el Estado. Los llamados al humanismo de la revolución, la exaltación de la cubanidad, la marcha triunfal de la Sierra a La Habana, las concentraciones en las que Castro pronuncia sus primeros discursos interminables frente a los auditorios más heterogéneos son otras tantas formas de significar la igualdad de los cubanos más allá de las diferencias de clase o de estatus. Esta igualdad entre aquellos que asisten a estas manifestaciones pone de manifiesto no una comunidad de iguales, semejantes y capaces por lo mismo de crear vínculos sociales horizontales, sino una totalidad que existe por la capacidad de su líder de reunirla, y de ordenarla desde arriba en un esquema holista. El héroe civilizador da forma a una masa bárbara, misma que al ordenarse se apropia de las cualidades de su líder. Del mismo modo, la voluntad de la revolución de organizar el castigo de los criminales de guerra es una

²¹ Ver *op. cit.*, pp. 245-254.

manera de darle significado a una insalvable división de la sociedad entre partidarios de Batista y revolucionarios, y al mismo tiempo de afirmar la voluntad de reunificarla mediante la muerte de los agentes de esta división. Esta separación entre un pueblo víctima y una minoría de verdugos, evidentemente tiene algo de un mito que recuerda la división entre oligarcas que todo lo tienen y el pueblo –descamisados, descalzos– que no tiene nada.

La diferencia entre el castrismo y los populismos es esencial. El primero, lejos de quedar atrapado en la perpetua oscilación de los segundos y sus imposibilidades a poner fin a las separaciones entre lo social y lo político más que en la imaginación, por el contrario opera institucionalizaciones duraderas. De esta manera, el establecimiento de nuevas relaciones sociales, vía la implementación de la reforma agraria y la subordinación de los sindicatos, permite una nivelación de los antiguos actores sociales, trátase de la oligarquía o de organizaciones populares, a la que nunca han llegado los populismos. Todo lo contrario: estos han ido de compromiso en compromiso. Aquí, estos actores son eliminados o muy profundamente transformados. Además, el Estado ya no se encuentra distanciado de los diferentes actores sociales, hay fusión en una nueva entidad dominada por un “egócrata”. El fantasma ya no es el de la comunidad perdida que haría falta restaurar. Estamos, de manera inversa, frente a una empresa de institución de un mundo nuevo y, de cierta manera, realmente nuevo. Y si bien el comunismo de Castro se inscribe en muchos sentidos en la estela del populismo cubano, es importante hacer notar cómo se separa de él de manera radical, inscribiendo en lo real lo que hasta entonces seguía siendo del orden de lo imaginario, transformando en duradero aquello que sólo era efímero.

DEL SISTEMA DE LOS COMPETIDORES POR EL PODER AL PARTIDO DE ESTADO SANDINISTA

Después de la victoria contra Somoza, los sandinistas van a trasgredir los acuerdos firmados con las otras fracciones de la oposición. Esta voluntad del Frente de imponer su “hegemonía sobre la revolución” adquiere un rostro completamente desconocido en las prácticas políticas nicaragüenses, hacerse pasar por *primus inter pares* en el seno del círculo de los que compiten por el poder. De este modo, el Frente obtiene la destitución de

Bernardino Larios –un ex oficial de la Guardia Nacional, opositor de Somoza– y su remplazo a la cabeza de las Fuerzas Armadas con uno de sus más altos responsables, Humberto Ortega. De manera paralela, el FSLN nombra a hombres fieles a su causa en el seno del nuevo aparato judicial. En diciembre de 1979, un reajuste ministerial confirma ese peso creciente del sandinismo en la escena política. Tanto el ministro de planeación como los de agricultura y de industria, todos ellos “opositores burgueses” de Somoza, son cesados y remplazados por sandinistas. Estos cambios en las altas esferas van acompañados de la creación de múltiples organizaciones de masas –Comités de Defensa Sandinista (CDS), Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinoza (AMNLAE) o de la Juventud Sandinista (JS19), así como sindicatos– que son otros tantos relevos del poder vertical del Frente Sandinista. Cualesquiera que sean las reticencias que suscitan estos cambios y estas innovaciones en las diferentes corrientes de la oposición antisomozista, éstas nunca se oponen a ellas de manera frontal. Lejos de hacer un llamado a la creación de un poder judicial independiente y a la de un cuerpo de funcionarios burocráticamente organizado, o incluso, pedir la convocatoria a elecciones generales, los asociados rivales de los sandinistas movilizan sus fuerzas para intentar, de la misma manera, establecerse firmemente en el nuevo aparato de Estado, o echar a andar redes de influencia capaces de oponerse a la acción del FSLN. Del mismo modo, cuando los sandinistas se apoyan en los cubanos para crear el nuevo ejército y la nueva policía, o para implementar ciertas directivas de la reforma agraria, sus competidores –conservadores y cristianos demócratas – multiplican las gestiones ante las embajadas estadounidense, panameña o venezolana, para intentar influir en la política de la JGRN. Y es que todos los actores de la escena política nicaragüense comparten una misma visión de la política, en la que las demostraciones de la fuerza y su utilización son consideradas como otros tantos recursos políticos legítimos efectivos.

Más aún, algunos sectores de la Iglesia, las grandes familias conservadoras, los medios empresariales y la redacción de *La Prensa*, ven con muy buenos ojos diferentes medidas tomadas en contra de los sectores de extrema izquierda. Así, los métodos violentos contra marxistas-leninistas independientes del periódico *El Pueblo*, y contra los sindicalistas que no desean someterse a la nueva central sandinista (CST), las vejaciones públi-

cas impuestas a algunos de sus dirigentes son aceptadas como gestos a la vez normales y saludables. Los sandinistas aparecen como una entidad capaz de dirigir y civilizar a las clases subalternas, un poco como Anastasio Somoza García lo había hecho en los años 1930 y 1940. Y si bien Alfonso Robelo, uno de los miembros de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN), denuncia su voluntad de “concentrar en sus manos todos los poderes” y renuncia a su cargo en señal de protesta, la mayoría de los actores sociopolíticos no se conmueven en absoluto. Ante todo, adivinan la oportunidad de ocupar la plaza que antes tenía Robelo en el juego de alianzas con los sandinistas. De esta manera, a los sandinistas les resultará muy fácil encontrarle un sucesor. Y sucederá lo mismo luego de la dimisión de Violeta Chamorro. De esta manera, veremos al líder de MISURASATA (Miskitu, Sumu, Rama, Sandinista Asla Takanka), la organización indígena de la costa del Atlántico, aprovechar esta ocasión para intentar obtener más escaños en el seno del Consejo de Estado, el poder legislativo provisional.

Y es que incluso antes de proclamar su ruptura con los principios del fundamento del sistema de los que compiten por el poder, el Frente Sandinista pudo sentar las bases de un poder sin precedentes en la sociedad nicaragüense. No es solamente un partido bien implantado en el aparato de Estado y que controla a la perfección su nuevo brazo represivo, o incluso un partido que controla el poder judicial, el poder ejecutivo y el poder legislativo al mismo tiempo, sino que representa un nuevo cuerpo en el seno de la sociedad. Este cuerpo nuevo es algo totalmente distinto a un competidor por el poder: es también una entidad a la que sus asociados rivales han encargado de civilizar una forma de “barbarie” nicaragüense, que se encarna tanto en los indios de la costa del Atlántico como en la juventud popular urbana, o en los campesinos sin tierra. Por esa razón, cuando la toma del poder y la entronización de la JGRN, los colores sandinistas y los colores nacionales fueron bendecidos de igual forma, la Iglesia y los múltiples asociados rivales del Frente no sólo acreditaron la idea de que los sandinistas eran los *primus inter pares* y una especie de *senior pars* en esta nueva ciudad cristiana que es la Nicaragua postsomozista. Además, abrieron una brecha en la que se mete el FSLN para, en lo sucesivo, cuestionar el magisterio moral de la Iglesia y su poder de zanjar, en última instancia, la diferencia entre el or-

den social de la civilización y el de la barbarie, es decir, su poder de encarnar un principio último de la cohesión de lo social.

No obstante, no podríamos minimizar la ruptura que introduce el FSLN en octubre de 1980, cuando se declara “la vanguardia consciente del país”. Con esta declaración, el Frente se libera de la regla afirmando la imposibilidad de excluir a un competidor del círculo de asociados-rivales, de poner obstáculos a su libertad de expresión y, más aún, de prohibir atentar contra la vida de las cabezas de los grupos de las entidades rivales. El tipo de publicidad hecha a dos asesinatos de Estado, cometidos la víspera y un día después de esta declaración es particularmente ilustrativa. El 17 de septiembre de 1980, un día después del asesinato de Somoza en Paraguay, los sandinistas no reivindicaron en absoluto este magnicidio que no obstante ordenaron, al tiempo que decretan este día como “día de alegría nacional”. *Barricada* titula sobriamente: “Vindicta popular, Somoza Debayle fue ejecutado, pagó”; y publica un comunicado de la Dirección Nacional recordando los “genocidios” cometidos por el dictador. El comentario de esta “ejecución” tiene un tono muy bíblico –“quien a hierro mata, a hierro muere”–. Luego de la muerte del presidente del COSEP –Jorge Salazar–, acaecida el 17 de noviembre en un atentado montado por la policía, el tono es completamente distinto. Si bien el Ministerio del Interior prueba que los policías de la Dirección General de la Seguridad del Estado (DGSE) no son culpables afirmando que la muerte se debió a un intercambio de balazos iniciado por Jorge Salazar en contra de los que iban a arrestarlo, Tomás Borge y otros altos responsables de la policía justifican el giro que tomó este “arresto”. Afirman, por otro lado, que el presidente del COSEP era un traidor que complotaba contra el régimen. De esta manera, sin concederse directamente el poder de vida o muerte sobre aquellos que califican de contrarrevolucionarios, los sandinistas no dejan de afirmar que a partir de entonces tienen, al mismo tiempo, todos los poderes para trazar la frontera entre la crítica legítima y la traición en el seno del círculo de sus asociados rivales, y también que sus opositores no tienen más salida que plegarse sin resistencia alguna a las órdenes de su policía. Y contando con estos nuevos poderes que ellos mismos se otorgaron, los sandinistas, a partir de entonces, se afirman como un nuevo cuerpo que encarna la revolución y lanza a toda oposición a la categoría de resurgimiento de la barbarie somozista.

IGUALDAD SOCIAL Y BUROCRATIZACIÓN DE LA SOCIEDAD

Nos equivocáramos si sólo viéramos en estas transformaciones fenómenos políticos o ideológicos, ya que se articulan con cambios sociales que replantean profundamente a las sociedades cubana y nicaragüense.

El gobierno cubano toma toda una serie de medidas que beneficia de inmediato a las clases populares. Varios decretos organizan una baja no sólo del precio de los alquileres, de más del 50 por ciento para las rentas menos elevadas, sino también de las tarifas de la electricidad y el teléfono. Le confiscan bienes a los antiguos partidarios de Batista, y desde el primero de marzo Castro reparte tierras a los campesinos. Estas primeras medidas pronto son seguidas de decretos que organizan la reforma agraria y crean el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), un nuevo aparato de Estado sometido por completo al Comandante en Jefe de la revolución. Este nuevo organismo no solamente tiene la capacidad de confiscar las propiedades de más de 400 hectáreas, sino además la de reorganizar por completo el país. El país se encuentra dividido en 28 zonas puestas cada una bajo las órdenes de un administrador del INRA. Este tiene plena libertad en materia de obras públicas, urbanismo y vivienda, política educativa y salud.

Como lo subrayó Antonio Annino,²² la puesta en marcha de la reforma agraria y los poderes enormes otorgados al INRA marcan el triunfo de los miembros del ejército revolucionario más fieles a Castro, los hombres de la Sierra, sobre los militantes urbanos del M26/7, los hombres del Llano, considerados demasiado independientes. El INRA no es sólo un aparato de poder leal sometido a Castro, es un aparato que va también a remodelar a la sociedad depurándola y redistribuyendo en ella bienes privados y medios de producción. Permite, de manera paralela, la formación de hombres nuevos que adquieren otra identidad gracias a su participación en este nuevo cuerpo de técnicos encargados de reformar el país. Este órgano suplanta, por una parte, al ER, algunos de cuyos miembros, como Hubert Matos, tenían

²² Antonio Annino, "La reforma agraria y el comunismo en Cuba", en *Communisme*, n° 85-86, París, L'Age d'homme, 2006, pp.65-83 y *Dall'insurrezione al regime. Politiche di massa e strategie istituzionali a Cuba 1953-1965*, Milán, Franco Angeli Editore, 1984.

un peso propio y podían alegar tener un pasado revolucionario y experiencia combatiente para oponerse o cuestionar algunas decisiones de Castro. El INRA hace tabla rasa con ese pasado al recibir con el mismo grado de igualdad a hombres cuyo único mérito es haber sido designados por el comandante como revolucionarios fieles. Y entre ellos muchos rivalizan para ocupar estos puestos recién creados, trátase de miembros del Partido Socialista Popular (PSP), de compañeros de lucha de Castro, o de simples oportunistas; todos están preocupados por participar del nuevo poder y de sus prebendas.

Distinguimos una lógica muy parecida en Nicaragua. El gobierno dicta a lo largo del año I de la revolución diferentes decretos a favor de las clases populares: baja en las rentas urbanas del 40 al 50% (diciembre de 1979), baja en los precios del alquiler de tierras cultivables (enero de 1980) y establecimiento de un precio máximo para toda una serie de alimentos. Esta política de regulación de precios va acompañada de decisiones gubernamentales en pos de la confiscación y la nacionalización. El exilio y la huída de los partidarios de Somoza permite asumir el control de una cuarta parte de las tierras cultivables, en su mayor parte administradas por el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), creado en octubre de 1980. Se nacionalizan de manera paralela las compañías de seguros y las minas. Estas nacionalizaciones, llevadas a cabo por iniciativa de las nuevas autoridades del Estado, van acompañadas de múltiples confiscaciones de hecho de bienes muebles e inmuebles, tales como tierras en las regiones rurales. Este movimiento de expropiación, que toma a veces la forma de simples y sencillos saqueos, en particular a costa de supuestos somozistas, es de tal importancia que, en noviembre, la JGRN prohíbe a las autoridades civiles y militares continuar con las confiscaciones de bienes muebles e inmuebles, y en marzo indemniza a los propietarios rurales que sufrieron expropiaciones de hecho. Estas nacionalizaciones llevadas a cabo por iniciativa de las más altas autoridades del Estado, así como las confiscaciones ejecutadas una tras otra en función de la relación de fuerzas locales en las diferentes zonas urbanas o en el campo, a las que se agrega una ayuda externa particularmente importante, acarrear transformaciones sociales sin precedentes.

Así, los nuevos poderes, tanto en el ámbito nacional como local, están a la cabeza de recursos muy importantes, en un país cuyos aparatos adminis-

trativos, ligados al antiguo régimen, han sido abolidos (las fuerzas del orden y los tribunales), o desorganizados (un gran número de funcionarios y de empleados se han exiliado), o acaban de ser creados, como el INRA. El movimiento de confiscación del poder desde arriba que echaron a andar los sandinistas va acompañado de una verdadera burocratización desde abajo, que se organiza por iniciativa de la dirección del Frente y de los primeros militares sandinistas investidos con las más altas responsabilidades que buscan relevos. Así, los Comités de Defensa Sandinista (CDS), la nueva policía y el nuevo ejército, y el INRA van a ofrecer plazas a todo el nuevo personal. Si bien hay muchos hombres y mujeres preocupados en apoyar la revolución, hay otros, particularmente en el seno de los CDS, que son oportunistas preocupados ante todo por hacer carrera. Y finalmente, algunos antiguos partidarios de Somoza buscan principalmente limpiar su pasado y están dispuestos a cualquier demagogia ideológica para lograrlo.

Es imposible entender la dinámica de estas dos revoluciones si no se toman en cuenta estos fenómenos de burocratización desde arriba, la confiscación del poder por parte de Castro y sus colaboradores y los sandinistas, y los fenómenos de burocratización desde abajo, la multiplicación de los comités revolucionarios de todo tipo, la creación de nuevos aparatos administrativos o la renovación de los que siguen vigentes. También es conveniente analizar conjuntamente todas las temáticas de “el hombre nuevo”, el papel central que por derecho ejerce el Estado y las prácticas efectivas de la burocracia. Sabemos a qué fracasos económicos patentes condujo cierta fe en la posibilidad de hacer tabla rasa de los viejos hábitos, así como el rechazo a ciertas reglas contables elementales en el seno de las cooperativas agrícolas, o de ciertas unidades de producción y de la administración. René Dumont brinda testimonios muy sensatos sobre la manera en que fueron llevadas las reformas agrarias tanto en Cuba como en Nicaragua, 20 años más tarde.²³ Los testimonios de Hubert Matos tanto como los de Carlos Franqui²⁴ o de KS Karol²⁵ sobre Cuba, los de Jorge Alaniz Pinell, así como los de antiguos simpatizantes de los sandinistas so-

²³ *Op. cit.* y *Finis les lendemains qui chantent*. París: Seuil, 1983.

²⁴ *Retrato de familia con Fidel*. Barcelona: Seix Barral, 1981.

²⁵ *Les guérilleros au pouvoir*. París: Robert Laffont, 1970.

bre Nicaragua, son otras tantas pruebas del peso inmediato de ciertas cegueras en materia económica. Todos estos testimonios invitan a subrayar hasta qué punto estos defectos, estas confusiones de la experiencia y la fe en expertos autoproclamados o reconocidos en función de su sumisión a los deseos y a las fantasías de los nuevos poderes, estuvieron presentes desde los primeros meses de estas experiencias. También es necesario acercar estos fenómenos a algunas concepciones “revolucionarias” de la cultura, visibles particularmente en las campañas de alfabetización, en especial en Nicaragua. Ciertamente, se pretende que todos, niños o adultos, aprendan a leer y a escribir, y a adquirir de este modo una nueva autonomía, a partir de un juicio más informado y por ende más libre. Este aprendizaje es simultáneamente el de un verdadero catecismo revolucionario, que instala al Frente Sandinista y a su galaxia de héroes en una especie de voladizo colocado sobre la sociedad nicaragüense. Los sandinistas, desde Sandino hasta Carlos Fonseca Amador²⁶ y los nuevos responsables que conforman la Dirección Nacional (DN) del FSLN, son al mismo tiempo el poder *de facto*, pero también representan un nuevo polo que aglutina el saber, ya sea técnico, político o jurídico, en el poder político. Como ya hemos mencionado, hay aquí una primera matriz de la experiencia del poder totalitario legible en el lema “D.N. ordena”, o en los lemas del mismo tipo en contra de Castro. Pero no sólo existe, como lo señalaba Hannah Arendt, una negación de la experiencia que conducirá a las injusticias ya conocidas contra técnicos agrícolas y economistas, así como profesores o intelectuales, que apelan a otros métodos y a ciertos fracasos económicos particularmente patentes.

Este nuevo conformismo político-intelectual es de hecho una ideología en el sentido que daba Marx a este término, una mentira al servicio de una nueva clase social, en este caso la burocracia.²⁷ En efecto, esta nueva ideología, esta justificación de un poder de tipo inédito es también la de nuevas relaciones de producción y de apropiación *de facto*. No importa que los bu-

²⁶ El fundador del FSLN.

²⁷ Evidentemente, aquí me remito al gran libro de Marx y de Engels sobre el tema, *La ideología alemana*, pero también a las observaciones hechas por Claude Lefort al respecto en “Esbozo de una génesis de la ideologías en las sociedades modernas”, *Las formas de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

rócratas no sean propietarios nominales de los medios de producción, así como de ciertos bienes muebles e inmuebles; no importa tampoco que el monto de sus salarios no sea muy distinto del de los funcionarios más modestos. Porque en los hechos tienen acceso a muchos privilegios: viviendas confiscadas, vehículos, tiendas reservadas, derecho a importar bienes de consumo del extranjero sin pagar derecho de aduana alguno. No hay ninguna duda de que se recrea una nueva pirámide social que, si bien va de la mano de la expropiación de una parte de las antiguas clases poseedoras o de su descenso de categoría, no equivale de ninguna manera a una igualación general de las condiciones de vida. Se constata, al contrario, tanto en Cuba como en Nicaragua, la aparición de una nueva casta de privilegiados que deben su puesto y las ventajas que lo acompañan a su conformismo político, más que a talentos que pueden ser medidos según una utilidad universal. También asistimos a fenómenos de favoritismo y de malversaciones que no por no estar tipificados por el derecho, o que incluso contravienen de manera explícita la legalidad, dejan, *de facto*, de existir. Es imposible ver en los llamados a la estatización y a las confiscaciones, así como en ciertas prácticas que ponen de manera incontestable el papel motor de los nuevos Estados revolucionarios y a sus administraciones, simples operaciones de demagogia retórica; existe fundamentalmente más un discurso y prácticas que favorecen a una nueva clase social: la burocracia. Su papel no queda magnificado sólo intelectualmente, sino que se le atribuyen múltiples privilegios.

Este rápido recorrido por el año 1 de estas dos revoluciones no pretende cerrar las interrogantes, sino esbozar caminos para investigaciones más profundas, tanto sobre la cuestión de los tipos de sociabilidad política en vigor tanto en Cuba, en los años 1950, como en Nicaragua, en los años 1970. Cómo estos *habitus*, por retomar el término empleado por Mauss, dieron forma a las prácticas políticas de los actores revolucionarios, en algún tiempo aliados en su lucha contra los antiguos regímenes, pero al mismo tiempo rivales para imponerse a expensas de sus competidores. Cómo los *habitus* jerárquicos, en los que el orden y la violencia ocupan un lugar central, han propiciado el surgimiento de prácticas totalitarias y muy especialmente un trabajo de reincorporación al polo del Poder, al del saber y del derecho. Sería conveniente analizar cómo el vocabulario del antiamericanismo y las

anteriores prácticas del imperialismo ingerencista, de muy cortos alcances de Estados Unidos, pudieron ser usados por Castro y los sandinistas para instituir y justificar el establecimiento de poderes totalitarios, siendo que Estados Unidos fue benevolente en un primer momento con estas dos revoluciones. Finalmente, es importante retomar con una visión fresca el estudio de ambas revoluciones en términos de “hecho social total”, para retomar otra expresión de Marcel Mauss. El resurgimiento de poderes totalitarios toca al mismo tiempo el campo político del partido, el papel central, que es ideológico (la fe en el hombre nuevo) y también económico y social (el surgimiento de las burocracias o de un campesinado integrado al Estado). Otros tantos estudios que, si tienen que apegarse a describir y a comparar los acontecimientos y particularidades, país por país e institución por institución, deberán tener el cuidado de asir los efectos de resonancias entre los fenómenos políticos, culturales, económicos y sociales. ❧